

De la crisis de la identidad a la crisis de la viabilidad¹

Esteban Emilio Mosonyi²

Universidad Central de Venezuela - Caracas

Resumen

La actual globalización neoliberal crea formas de gobierno intrínsecamente antropocidas, que irrespetan y destruyen la vida humana a través de la exclusión creciente de las capas poblacionales menos favorecidas y su patrimonio cultural. Éstas consisten en gente urbana marginalizada, campesinos, indígenas y hasta las clases medias en declive. Parece igualmente obvio que en una sociedad antropocida no puede subsistir una verdadera identidad nacional, ni siquiera regional, grupal o local. El darwinismo social de las corporaciones transnacionales y su aparato político, ideológico y militar, afianzados por las potencias mundiales manipuladoras de la globalización, fomentan la lucha por la supervivencia individual a expensas de la solidaridad colectiva. A pesar de estas peligrosas tendencias, muchas pequeñas sociedades, sobre todo tradicionales, continúan resistiendo y tratando de reforzar sus propias alternativas. Al mismo tiempo, el nuevo régimen de Chávez promete modificaciones sustanciales que podrían devolverle su autodeterminación a Venezuela ofreciendo al país la posibilidad de un desarrollo sustentable.

Palabras Clave: Globalización, identidad, sociedades tradicionales.

Abstract

Current neoliberal globalization creates intrinsically anthropocidal forms of government, that disrespect and destroy human life through increasing exclusion of less favoured layers of population and their cultural heritage. These consist of marginalized urban people, peasants, Indians and even declining middle classes. It seems equally obvious that in an anthropocidal society no true national identity can subsist, not even a regional, groupal or local one. Social darwinism of transnational corporations and their political, ideological and military apparatus, supported by world powers manipulating globalization, enhance fight for individual survival at the expense of collective solidarity. In spite of these formidable trends, many small and mainly traditional societies continue to resist trying to reinforce their own alternatives. At the same time, the new Chávez régime promises substantial modifications which could give back its self-determination to Venezuela offering the country the possibility of sustainable development.

Key word: globalization, identity, traditional societies.

*“...el neoliberalismo es el camino
del infierno en Latinoamérica...”*

Hugo Chávez Frías

Introducción

En este artículo se parte de la idea de que el analista social es, primero que nada, parte constitutiva de su propia realidad colectiva, en la que se desenvuelve y trata de satisfacer al menos algunas de sus aspiraciones. De allí generaliza sus constataciones para el resto de la sociedad, cuyos miembros persiguen finalidades comparables a las del estudioso que asume el rol de interpretar una realidad difícil de comprender y descifrar, como lo es la venezolana actual. El manuscrito original del presente trabajo se caracteriza, entre otras cosas, por haber sido redactado en el apogeo de la segunda presidencia de Rafael Caldera, lo que le confirió un carácter eminentemente pesimista, sin por ello llegar a un derrotismo manifiesto. Ese régimen encarnó la decadencia final de una etapaseudodemocrática —hoy denominada “democracia puntofijista”— que tuvo, además, la peculiaridad de precipitarse en un agotamiento sin salida aparente, en un precipicio sin fondo que no ofrecía alternativa alguna.

Aquella coyuntura corresponde aproximadamente al último quinquenio del siglo pasado. Por otra parte, el cambio de siglo y de milenio ocurrió bajo el signo del surgimiento de un nuevo régimen, presidido por el Comandante Hugo Chávez Frías, quien abre una nueva etapa en la historia del país, cuyos resultados a mediano y largo plazo son todavía imprevisibles, salvo en el terreno de las hipótesis prospectivas y futuroológicas. Mas sea como fuere, el hecho de que el nuevo gobierno haya sacudido al país desde sus cimientos, inducido a la población venezolana a un tipo antes inédito de participación colectiva, elaborado una Constitución cualitativamente superior a las anteriores, asumido en términos correctos la problemática indígena nacional, cuestionado radicalmente las concepciones neoliberaloides de sus predecesores y remozado la concepción misma de la identidad nacional, constituye un escenario suficientemente novedoso como para asignarle un puesto de excepcional importancia en la historia contemporánea de Venezuela.

Una vez aclarada la idea de esta transición de consecuencias aún impredecibles, paso a retomar el proceso reflexivo que me llevó a plantear un determinado marco coyuntural, pretendidamente válido para el período inmediata y algo más mediatamente anterior a este cambio diacrónico, cuya especificidad aspiro poder tocar más adelante. Por lo pronto comenzaré afirmando que, sin necesidad de que el científico social pertenezca precisamente a los sectores excluidos y más desfavorecidos por el modelo neoliberal, su misma problemática personal y empatía cultural le ayuda a comprender la falta de perspectivas y asideros, a que en la época puntofijista parecíamos estar condenados como país, continente y parte del mundo oprimido.

A continuación pasaré a presentar un diagnóstico coyuntural de estos años caracterizados por una profunda decadencia y un estancamiento evidente para la inmensa mayoría de los habitantes del país. Utilizaré para ello un lenguaje vertebrado con el empleo de los verbos en el presente histórico, para dar mayor vitalidad a la exposición y acercar más al lector a la problemática propia del tiempo bajo escrutinio. Dado que estamos inscritos en un proceso transformador que apenas comienza, es lógico que gran parte de los señalamientos siguen teniendo vigencia hasta el presente. Pero insistimos en que hoy se están dando ciertas expectativas que señalan, por lo menos, una apertura hacia el futuro, lo que en modo alguno se percibía en el momento de elaboración de nuestro texto original.

I

Si algo ha de caracterizar la convivencia colectiva en la Venezuela de hoy es un estado de profunda confusión, indefensión y ausencia de perspectivas claras, cuando no de pérdida de la esperanza en un porvenir aceptable, al menos a mediano plazo. En mi carácter de antropólogo y analista sociocultural me atribuyo la responsabilidad de remitirme ante todo a mis vivencias personales, no para permanecer prisionero de las mismas sino para que sirvan de punto de referencia a un diagnóstico que tiene por objeto auscultar el acontecer nacional. Considero que las experiencias por las que transito son el producto de una situación generalizada y luego asumida con un exponente de subjetividad, pero teniendo siempre el cuidado de no confundir mi vida personal con la

percepción vigente en las mayorías y minorías poblacionales en la sociedad venezolana actual, que no vacilo en calificar de convulsiva y anómica en grado excesivo para su propia sustentabilidad.

Tratándose de algo coyuntural —aunque basado en atributos históricos mucho más persistentes— usaré un lenguaje directo y fenoménico para pasar posteriormente al establecimiento de constructos teóricos y relaciones sistemáticas, a medida que surja su necesidad y posibilidad, sin hacer violencia a los hechos. Primero que nada, siento que nos estamos moviendo en un ambiente de total inestabilidad, próximo al caos. Desafortunadamente no lo percibo hasta ahora como una crisis de crecimiento con grandes alcances creadores a la vuelta del camino. El momento histórico reviste suma gravedad, ya que las tendencias revelan la marcha hacia una desintegración aun mayor, hacia una disolución creciente de los lazos sociales existentes, sin una verdadera compensación por obra de otras pautas organizativas que medianamente los sustituyan.

Es un hecho evidente que hoy por hoy incluso los propios dirigentes del país, las élites políticas y económicas que configuran y dinamizan el status quo, reconocen —en medio de todo su optimismo— lo delicado de la situación nacional. Los indicadores son tan obvios que de nada serviría tratar de ocultarlos o interpretarlos en un sentido ajeno a la propia realidad que a los ojos de la inmensa mayoría atraviesa la Venezuela actual. El 80% de pobreza crítica no admite atenuantes, por más que se nos atiborre de referencias al sacrificio compartido, a la aplicación de programas de ajustes o a la perspectiva de un futuro mejor. En este punto podríamos explayarnos en multitud de componentes de relevancia indiscutida pero, para lograr una mayor transparencia en nuestro esfuerzo, partiremos del análisis de un hecho aparentemente puntual como es la huelga médico-asistencial de fines del año 1996 y comienzos de 1997.

Ante todo debo advertir que la disección que trato de llevar a cabo no se limita a los factores situacionales, sino que intenta trascenderlos a fin de aprehender sus conexiones con la crisis de identidad del venezolano contemporáneo. Comencemos por desglosar la actitud de los médicos que participan de la huelga. En principio estos profesionales reaccionan frente a una situación realmente insostenible, empezando por

la escasísima remuneración —totalmente insuficiente para el sustento mínimo— que ellos perciben por un trabajo arduo, lleno de responsabilidades y expresión de una actividad que les ha requerido largos estudios y una extensa preparación. A esto se agrega la carencia de insumos en los hospitales y centros de salud, desórdenes administrativos de toda índole y un abandono general de las instituciones dispensadoras de salud pública por parte de este gobierno del presidente Caldera y otros anteriores.

Además, los médicos no son los únicos trabajadores aquejados por problemas de esta naturaleza sino que reflejan bajo todo punto de vista la situación de millones de empleados del Estado, como son los educadores y los trabajadores de la Administración Pública en su gran mayoría; y tampoco se salvan los asalariados del sector privado, aunque la situación de estos últimos debe examinarse bajo otros parámetros. Es enteramente lógico que por numerosas razones los médicos gocen del respaldo casi absoluto de vastos sectores de la opinión pública en materia salarial, exceptuando naturalmente a los empleadores y a las capas detentoras del poder.

Pero en este punto nos apresuramos en introducir una pequeña distinción mediante el uso de la partícula “casi”, al decir “respaldo casi absoluto”. Nos referimos al rechazo que produce en virtualmente todos los sectores el abandono del servicio de emergencias por los médicos huelguistas. Este último hecho, por más vueltas que el analista pueda dar en torno a sus motivaciones, no puede ser legitimado en términos de una ética social que parta del respeto y dignidad de la vida humana. El médico bien puede afirmar que si se atiende a las emergencias, toda la iniciativa del paro fracasa o por lo menos pierde fuerza. Mas por otro lado, un enfermo en situación crítica y abandonado a su suerte corre el peligro incuestionable de perder la vida por el mero hecho de no contar con los recursos necesarios para acudir a una clínica privada. A esto se suma el agravante de que en las asambleas algunos de los médicos parecen admitir la legitimidad de que los enfermos fallezcan como consecuencia del conflicto gremial, aun existiendo el atenuante de que sin insumos adecuados es bien poco lo que el médico puede hacer en beneficio del paciente. Sea como fuere, el fenómeno de que algunos médicos se desentiendan parcialmente de la sobrevivencia del paciente o le asignen una significación menor que a sus propios problemas salariales y laborales, habla de un tremendo resquebrajamiento de la **identidad nacional** como tal, así como de la solidaridad humana en un sentido más lato.

En otros términos, se evidencia que el gremio médico no considera como prioridad definitoria la salvaguarda de la vida de los demás venezolanos, por encima de otros intereses cuya legitimidad no se pone en tela de juicio. Nadie puede quedar impasible ante el espectáculo de las salas de emergencia vacías o, peor aún, cuando el médico se halla presente o físicamente cerca pero no se dispone a intervenir, por acatar las reglas de juego del conflicto planteado. En ese momento se confronta el escenario de una sociedad al borde del suicidio colectivo, cuyos actores no se comunican por falta de una solidaridad elemental, casi instintiva.

Es fácil hallar toda clase de atenuantes, a cual más elocuentes. El gran asesino *antropocida* es indudablemente el mismo Estado que no mantiene los hospitales, que no suministra los insumos siquiera mínimos, que no establece condiciones dignas de trabajo para el personal dispensador de salud pública y con una remuneración por lo menos cercana a la cobertura elemental de sus necesidades biológicas y sociales. Todo eso es cierto y mil veces trajinado. Pero aun aquí permanece intocable el principio básico de que el médico, iniciado y legitimado por su juramento hipocrático, no debe jamás abandonar totalmente su papel societario esencial de salvar vidas humanas, aun en los peores momentos imaginables incluyendo las situaciones límites. La figura del médico que se niega a realizar esa misión está fuera de lugar en una sociedad medianamente sana y con aceptables lazos de identidad interpersonal y colectiva.

Esto parece válido en lo tocante al profesional de la medicina, por la evidencia inapelable de que una oportuna intervención médica establece justamente el límite entre la vida y la muerte. Se ha afirmado, en forma análoga, que comparten la misma responsabilidad en el tejido de la vida cotidiana los que encarecen los alimentos y las medicinas, los que ponen la vivienda a precios inaccesibles, los que cobran precios impagables por el suministro de los servicios básicos como la educación, el transporte, la luz, y muchas veces el agua potable sin la cual se paraliza todo. Destacamos al inicio la significación especial de los médicos en ciertos momentos de crisis, pero de ninguna manera son los únicos ni los más relevantes protagonistas de la disolución social que estamos viviendo.

Asimismo, todas estas ejemplificaciones de la insolidaridad social nos remiten a la misma falta de identidad colectiva, vale decir de identidad nacional en el caso de Venezuela, vista como un país que se nos va de las manos a pasos agigantados. Tenemos que insistir en el término “antropocidio”, para caracterizar nuestro tipo de sociedad de forma adecuada al análisis que pretendemos llevar a cabo. El **antropocidio** difiere del **genocidio** en la medida en que no recae sobre grupos humanos especiales —de carácter, por ejemplo, étnico o religioso— sino sobre la población general de un país entero o incluso de uno o más Continentes del planeta. En todo caso, se salvan siempre los miembros y sectores privilegiados como son las clases dominantes y sus aliados. De resto subsiste, en el más claro sentido hobbesiano, una guerra de todos contra todos, en que únicamente los más fuertes se pueden llevar la presea del triunfo.

La situación que se presenta en el actual esquema neoliberal es cualitativamente diferente de otras análogas e históricamente anteriores, ya que todo parece indicar un irrespeto total hacia la vida humana, además de la justificación legitimadora de la peor estirpe ideológica del darwinismo social: No hay compasión para con los perdedores y ni siquiera existe el atenuante de que algún día los mismos hayan de salir de su infortunio e indefensión totales. Las cosas son simplemente como son y ¡muerte a los vencidos!. En eso consiste precisamente la esencia del **antropocidio**, al haber un número creciente de sociedades que decretan la eliminación paulatina o rápida de las mayorías y minorías caracterizadas por su debilidad frente a las fuerzas dominantes del mercado, los entes financieros transnacionales y las estructuras económicas, políticas, sociales y culturales que constituyen el establecimiento detentor de un poder ilimitado y deletéreo.

Volviendo al problema de la identidad, es obvio que en sociedades de perfil antropocida no puede existir el fenómeno de una identidad colectiva actuante, por carecer de una base bien delineada de reciprocidad y solidaridad. Mas pensándolo bien, no es solamente la identidad la que se desvanece sino también la matriz societaria sobre la cual ella se debería aplicar. En otras palabras, mal podría afincarse la identidad nacional venezolana, cuando se hace cada vez más difícil hablar de una nación venezolana o de una Venezuela a secas.

En un mundo signado por la globalización salvaje, la tendencia es restarles a los países todo atisbo de soberanía e independencia. Está claro que Venezuela —o cualquier otro país en desventaja— sigue constituyendo un dato geopolítico con su inventario de habitantes y recursos, pero más que todo en su carácter de entidad heterónoma sometida a los grandes designios del poder transnacional. En ese sentido no pasa de ser un punto de referencia para quienes arreglan y desarreglan el destino del mundo, sin pensar demasiado en sus partes constitutivas. De cualquier manera, la burocracia financiera transnacional —cuya mejor expresión son el Fondo Monetario y el Banco Mundial— se autoatribuye muchas de las funciones antes reservadas al gobierno nacional, o en todo caso a instituciones domiciliadas en suelo venezolano.

Tal es el drama de un país empeñado en privatizarlo todo, en desnacionalizar la mayor parte de sus bienes, en aras de una supuesta apertura que solo conduce al afianzamiento de los grandes intereses foráneos. Todo ello se inscribe en la lógica de un neoliberalismo vulgarizado e ideologizado, que minimiza en la práctica el derecho a la supervivencia de los países pobres y tercermundistas, sociedades perdedoras en fin. Lo que vale para los seres humanos individual o grupalmente considerados resulta igualmente aplicable a las sociedades nacionales en su conjunto. No hay comparación posible entre los intereses de los llamados países del Norte —sobre todo los más industrializados— y las demandas mínimas de los países desfavorecidos, virtualmente condenados a cumplir un papel de proveedores de materias primas e insumos financieros, como viene siendo evidentemente el caso de Venezuela respecto de la explotación del petróleo y el pago de una supuesta deuda externa. Dentro de esa perspectiva restrictiva caben inclusive grandes regresiones, puesto que resulta ajeno a los propósitos de la economía globalizada permitir el fomento o hasta la supervivencia de actividades productivas distintas de las meramente extractivas, por ejemplo la agricultura y la industria manufacturera.

Hasta la industria petroquímica y todo el proceso de refinamiento de los crudos constituye un lujo innecesario para una economía sentenciada a permanecer dentro de los límites de un extractivismo elemental. Y téngase presente que para nuestros países ya no valen ni siquiera las reglas inquebrantables de la propia teoría económica neoliberal, sobre todo en lo que ésta atañe al desenvolvimiento de las

potencias dominantes en el sistema mundial globalizado. Detengámonos un momento en las consabidas frases hechas que forman parte del abecedario neoliberal: “ventajas comparativas” y “ventajas competitivas”. Parece que en Venezuela —así como en todo el ámbito tercermundista— ni el Estado ni la sociedad civil tienen el menor derecho de apelar a estas mismas categorías, cuando ellas obrarían en su real beneficio.

Expliquémonos con toda claridad. En nuestro país se está dando la flagrante contradicción entre la realidad de una Venezuela que se encuentra entre los productores más copiosos de petróleo a nivel mundial y el hecho de que hayamos tenido que quintuplicar y hasta multiplicar en forma indefinida el precio de la gasolina y otros hidrocarburos, por decisión del Fondo Monetario y toda la cúpula financiera transnacional. Si según el neoliberalismo cada sociedad tiene que competir a base de los recursos que se encuentren con mayor abundancia en su seno para poder sacar alguna ventaja en su propio beneficio, ¿por qué a la sociedad venezolana le está vedado el derecho de disfrutar por lo menos de las bondades de una gasolina barata o siquiera económica, a sabiendas de que en rigor los dueños del petróleo son los habitantes del país, ya que Venezuela no es un vacío geopolítico? El Estado venezolano —supuesto dueño del recurso— representa en principio los intereses de todos los venezolanos o si no, ¿en qué quedamos?

Ahora bien, si las reglas de juego de la globalización neoliberal ponen fuera de nuestro alcance los frutos y beneficios del petróleo, recurso que más pródigamente abunda en el país, ¿qué podremos esperar de los otros rubros —reales y potenciales— de nuestra economía que a lo mejor ni tan siquiera se nos permitan ensayar, para convertir a Venezuela en un país económicamente sustentable y socialmente viable, frente a su condición actual de una sociedad de fracasados y desposeídos, con una cuota de miseria creciente y al parecer inacabable? Todo parece indicar que nuestros sectores detentores del poder estuvieran regalando compulsivamente todo ese patrimonio a los inversionistas foráneos a cambio de préstamos reducidos y de dudosa efectividad, y colmando las fauces del monstruo omnívoro de la “deuda eterna”.

Es realmente vergonzante la situación que hoy día se vive en Venezuela. Un gobierno —como el del presidente Caldera— empeñado contra viento y marea en implantar ajustes en un país ya carcomido por la miseria y cada vez más cercano a la desintegración social, solo logrará crear mayores problemas y agravar los ya existentes. Por ejemplo, las privatizaciones y el desmantelamiento del Estado son mecanismos que ya se están convirtiendo en verdaderos fabricantes de desempleados, que probablemente engrosarán las filas de la ya nutrida economía informal y algunos tendrán destinos aun peores. Entendemos perfectamente que ciertas instituciones oficiales tienen o han tenido un número excesivo de empleados, mal distribuidos, por lo demás, en relación con la asignación de tareas específicas. Mas ni esto puede justificar la epidemia de despidos histéricos que hoy pone de manifiesto la Administración Pública y por supuesto la Empresa Privada.

¿Cómo ocurre que el Estado no se hace responsable del destino futuro de millones de ciudadanos venezolanos? En todo caso, ¿dónde están sus derechos humanos y constitucionales? En este cuadro paradójicamente el derecho al trabajo llega a ser una entelequia, para no hablar de lo concerniente a la vivienda, alimentación y servicios básicos. ¿Qué habrá pasado, por cierto, con los sagrados derechos de la infancia que se han prestado a tanta verborrea demagógica a través del mundo? El mismo concepto de democracia cae por su propio peso, pues ésta se limita a consagrar una forma de gobierno donde se ejercita la monótona recurrencia del sufragio, plagada además de fraudes y delincuencia electoral. En lugar de ir logrando la consolidación de una sociedad participativa, es cada vez más evidente el hecho de que las decisiones reales quedan reducidas a un puñado mínimo de actores sociales. ¿Dónde se manifiestan, además, los derechos económicos, sociales y culturales, sin los cuales es impensable hablar de democracia?

Hasta este momento nuestro gran referente poblacional ha sido el sector sometido a una pobreza crítica, ya devenida no solamente estructural sino irreversible dentro de las presentes tendencias. Pero resulta muy necesario insistir asimismo en el calvario a que está sometida nuestra clase media en todos sus estamentos. La Agenda Venezuela es la gran sepulturera de la apenas emergente clase media venezolana. Tal

hecho es gravísimo en una sociedad de índole estatal, cuya viabilidad económica y social viene dada precisamente en términos de la magnitud y fortaleza de sus sectores medios. Ello debería resultar obvio ante la verdad inocultable de que son precisamente los miembros de la clase media quienes más se deberían acercar al desiderátum fundamental de poder satisfacer sus necesidades y aspiraciones, en el marco de una calidad de vida adecuada y sin caer en los excesos de la gente adinerada. Siempre ha formado parte del bagaje más elemental de las ciencias sociales el postulado de que los llamados países desarrollados lo son en gran parte en virtud de que la mayoría indiscutible de sus habitantes forman parte de ese sector social.

Aquí es valedero volver al recurso de poner al descubierto algunas vivencias personales como miembro de la clase media, de la persona que escribe estas líneas. Tal vez estas sean más importantes que muchas disquisiciones teóricas sobre el particular. Cualquier miembro de este segmento social puede comparar fácilmente su nivel de vida de hace unos pocos años con el actual a que lo obliga el envilecimiento de los sueldos frente a la dolarización de los precios. Un porcentaje enorme de esta clase en declive se ve despojado progresivamente de sus modestos ahorros y otras reservas monetarias. Los ingresos habituales no le alcanzan para nada, hasta el extremo de que el sueldo de una semana se le va de las manos en las simples compras de un pequeño mercado, no muy abundante ni selecto. Hace tiempo la generalidad de los alquileres está muy por encima del promedio de los sueldos de profesionales y empleados públicos y privados.

Queda poco margen para protestar, y al hacerlo no nos hacen caso. Perdimos los escasos derechos reales que en tiempos mejores creíamos poseer. Si no somos recursos humanos dóciles, fácilmente moldeables por el sistema neoliberal, de antemano se nos considera perdedores, marginados y hasta excluidos. Al querer mejorar nuestra forma de vida se nos cierran todas las puertas, ya que la sociedad en la que vivimos no nos pertenece. En ese ambiente, si es que poseemos alguna identidad, esa es la identidad de los fracasados, de quienes lo encuentran todo hecho y no precisamente a su imagen y semejanza.

Poco importa que seamos inteligentes o brutos, trabajadores o perezosos, ordenados o caóticos, genios u oligofrénicos, profesionales postgraduados o bachilleres

de la República, lo cierto es que la mayoría de las veces a todos se nos trata por igual, en cuanto miembros de una clase media prescindible e innecesaria para la lógica neoliberal. Los enamorados del sistema pretenden convencernos de lo contrario pero los hechos están a la vista y, si no fuera así, cada cual está en condiciones de recurrir a sus propias experiencias objetivas e inclusive subjetivas. La tan cacareada frase de que “trabajando duro saldremos adelante” termina quedando, a fin de cuentas, en un terrible engaño matizado por una media verdad de difícil aplicación. En condiciones crónicas de desempleo y subempleo, o simplemente cuando la actividad desempeñada no es suficientemente apreciada por el mercado omnipotente, una gran laboriosidad se convierte fácilmente en un esfuerzo masoquista sin propósitos reales. Es obvio que defendemos el sentido del trabajo individual y social como insumo fundamental para la vida y prosperidad de las sociedades. Pero para toda realización humana tiene que existir una organización económica y social que la absorba, la fructifique y la potencie o al menos le dé una mínima pertinencia. Y eso no es precisamente lo que ocurre en nuestro neoliberalismo subdesarrollado y subdesarrollante.

No es necesaria una gran elaboración intelectual para aclarar que todo este cuadro tiene que ver con la identidad nacional de manera contundente y dramática. No son solamente las repercusiones e impactos del sistema sobre la calidad de vida de las personalidades colectivas lo que tenemos en mente, sino algo que va mucho más allá. Es hasta tautológico —aunque de ningún modo innecesario— insistir en que una mala coyuntura histórica vulnera profundamente la identidad, haciéndola más torpe, insegura, deleznable y reprimida. Es aun más grave la poca capacidad de respuesta que los miembros de una sociedad anómica pueden ofrecer. La mayoría de los habitantes —paupérrimos, pobres o de la clase media minimizada— nos sentimos tan apabullados que no hallamos los mecanismos de reacción medianamente adecuados. Al ver cerrados todos los caminos, a la gente solo le queda la resignación, la complicidad y otras modalidades inauténticas de comportamiento. Hay mucha agresividad, pero básicamente de índole masoquista y suicida, dirigida contra uno mismo y los compañeros de infortunio. Contra el sistema también se protesta —en forma más bien ineficaz y moderada— mas los efectos de este tipo de movilización son modestos.

La **sociedad antropocida** no propicia salidas que pongan en entredicho la vigencia del status quo económico, político y social. En una democracia formal hay derecho a la protesta, pero cuando el gobierno se siente acorralado apela a recursos extremos como la masacre masiva o selectiva, para lo cual hay múltiples ejemplos, sistemáticamente negados o distorsionados por los gobernantes. No obstante hasta ellos confiesan en sus momentos de mayor sinceridad o lucidez, que en Venezuela no se respetan los derechos humanos, lo cual es cierto desde el régimen carcelario hasta la polifacética cotidianidad. Si en el pasado reciente —por ejemplo a comienzos de la era democrática— la situación general de la población venezolana era deprimente, la dinámica actual la ha vuelto desesperante. Parafraseando un dicho popular, quienes vivían apretados ahora temen morir ahorcados en las garras de un sistema que no ofrece espacios para el mejoramiento o el alivio. Los signos indican que aun un considerable crecimiento macroeconómico seguirá arrastrando e incluso agravando la miseria e indefensión de casi todos los integrantes de nuestra sociedad, frente al impactante bienestar de los pocos favorecidos por el neoliberalismo oligopólico globalizado.

En lo que resta de este ensayo trataremos de asomar, empero, algunas alternativas de acción para la sociedad civil, no sin antes profundizar en las causas que históricamente hicieron posible el surgimiento e intensificación de la situación actualmente vivida. Espero que ello constituya un aporte para la culminación de las presentes reflexiones.

II

En las constataciones precedentes hemos insistido en la enorme incumbencia categorial de la problemática de la **identidad** en todo lo que venimos señalando, en cuanto entidad receptora y también emisora de actos constitutivos de la dinámica social. Quienes han investigado la materia parecen coincidir en que las raíces de la problemática identitaria hay que buscarlas lejos en el pasado, en el proceso de la Conquista de América según nuestro criterio. No disponemos de espacio para ocuparnos ahora de esta materia. Es en todo caso evidente el carácter traumático y traumatizante que tuvo el enfrentamiento entre conquistadores e indígenas, a lo largo de la terrible pesadilla del etnogenocidio que solo dejó a salvo una minoría de pueblos autóctonos hasta la actualidad.

El mestizaje producido entre los europeos dominantes y las etnias indoamericanas y afroamericanas dominadas, en ningún momento histórico dejó de reflejar la sobrevaloración ideológica de los primeros frente a la mayor represión posible del aporte participativo de los componentes no europeos, aun tratándose de los mestizos como tales. Para no renovar esta discusión solo enfatizaremos que hasta el sol de hoy los sectores dominantes continúan insistiendo en la traída masiva de inmigrantes europeos para lograr nuevos cambios y mutaciones, tanto biológicos como socioculturales, en el hombre venezolano. Lo que parece dolerles en el fondo es el hecho de que el mestizaje haya producido una miscigenación sobre la base de todos los aportes, en vez de un franco blanqueamiento y europeización como estaba originalmente previsto. Nuestros racistas tampoco perdonan, por supuesto, la pervivencia y resistencia de muchas etnias indígenas y de regiones etnoculturales enteras dominadas por el elemento afroamericano.

Dentro de ese contexto la ideología europocéntrica nunca dejó de cobijar las formas más diversas e inverosímiles de dependencia económica, sociocultural y también política, a pesar de la gesta independentista y la conversión de Venezuela en un país presuntamente soberano. La baja autoestima de la sociedad venezolana de los tiempos coloniales y poscoloniales nunca permitió fraguar, y menos aun consolidar, un proyecto nacional medianamente acorde con nuestra realidad y con las opciones autonómicas que de allí emanan. La generación independentista —y Simón Bolívar muy en particular— estaba perfectamente consciente de este tipo de limitaciones, mas aun así se siguieron importando modelos foráneos de desarrollo, cambiándolos siempre de orientación de acuerdo con las fuentes de procedencia de cada ideario: de este modo se pasa de una influencia básicamente española a otra de signo paneuropeo con algún predominio francés, para desembocar finalmente en un pronorteamericanismo que hoy ejerce todo su peso sobre nosotros.

Es verdad que las fuerzas objetivas de una economía capitalista que se venían imponiendo desde la época de la revolución industrial explican en gran parte lo ocurrido en América Latina y el Tercer Mundo, prácticamente hasta el neoliberalismo actual. Pero ninguna de esas realidades habría obrado de manera tan contundente sin la docilidad ideológica de los sectores responsables por el ejercicio del poder. El dependentólogo egipcio Samir Amín tuvo razón al afirmar, a través de su obra, que las élites tercermundistas siempre

han querido la dependencia, nunca han dejado de optar por ella ni han buscado con sinceridad otras alternativas. Es justo recordar que en medio de todos los condicionamientos posibles, surgen a veces dirigencias con mentalidad autónoma que aspiran darle un vuelco total a tal orden de cosas, y hacen por lo menos el intento de llevar a efecto algunas iniciativas tendientes a ese fin. Entre nosotros tales momentos estelares han sido bien exiguos y en conjunto no han llevado a cambios profundos. Han desfilado muchas figuras presidenciales y formas de gobierno de índole variada, pero el fenómeno del eurocentrismo —donde se incluye igualmente el modelo norteamericano— ajeno a las características, identidades e intereses de nuestros países siempre siguió en primer plano y sin mayores adaptaciones.

El caso del ajuste neoliberal es la expresión más actualizada de ese seguidismo tan acentuado que nos viene caracterizando desde la Colonia. Éste presenta como marca especial el querer desandar el camino que, al menos en principio, nos había convertido en un país soberano, política y legalmente independiente, dueño de sus decisiones y creador de su destino. En ese sentido el neoliberalismo no es más que la reafirmación del colonialismo originario frente a versiones neocoloniales más o menos disfrazadas. En suma, la actitud de la clase política actual reproduce en forma magnificada la misma falta de identidad, consigo misma y con el resto del país, que ya veníamos arrastrando desde épocas muy pretéritas; con el agravante de que en virtud de la globalización aplastante y vertiginosa, estamos expuestos a la contingencia de que a la vuelta de pocos años ya no tengamos país que vender ni que hipotecar: la regresión estará consumada.

¿Quiere decir todo esto que ya no queda nada por hacer, que todo configura una fatalidad inexorable? Nada más lejos de nuestro planteamiento, el cual busca precisamente introducir algunas alternativas de acción para salir de este cuadro desolador. Es importante percibir que la crisis de identidad presenta grados diferenciales según los actores sociales sometidos a examen y análisis. Tiende a ser absoluta entre las élites gobernantes, pero se relativiza en amplia medida al pasar a la sociedad civil. En otras palabras, a la generalidad de los gobiernos poco le interesa el presente y futuro de la gente sometida a su acción; pero la gente misma -con todas sus limitaciones y hasta complicidades- comprende mucho mejor cuáles son sus necesidades, valores, intereses y aspiraciones, algunos de ellos muy sentidos. Si la acción de la identidad debiéramos

buscarla en los gobiernos de turno, muy poco lograríamos adelantar. Pero con todo el bloqueo presente en el resto de las personas, en ellas podemos encontrar reservas suficientes para acceder a replanteamientos muy significativos.

Antes de tratar de justificar y sustentar estas apreciaciones, creemos crucial responder a una pregunta lógicamente previa. ¿No estaremos limitados estructuralmente por la naturaleza regresiva de cualquier gobierno que pudiera surgir, incluso independientemente de sus orígenes sociales? La inquietud que albergamos es básica y bien motivada. Nuestros últimos gobiernos —y muy particularmente la segunda presidencia de Caldera— están repletos de figuras señeras que durante decenios han sido progresistas, luchadores sociales, defensores de los derechos humanos, abanderados de un desarrollo independiente para el país. Sin embargo virtualmente todos ellos, al llegar a responsabilidades gubernamentales, reniegan de su pasado, se vuelven contra sus propios principios, y combaten al pueblo cuyos intereses pretendían y a veces aún pretenden representar.

Esto es gravísimo, ya que si todo el mundo en funciones de gobierno toma ese rumbo, se desvanecerá automáticamente cualquier esperanza. Podremos tener las mejores ofertas electorales y las más bellas promesas programáticas. Pero una vez que los nuevos actores de relevo suban al poder todo continuará siendo lo mismo, ya que el derrotero trazado para la conducción del Estado permanecerá invariable, rígidamente compulsivo, siempre en función de los mismos intereses internos y foráneos que nos agobian. Según ello pareciera que cada nuevo equipo —emanado de cualquier sector social y representante de intereses muy legítimos de las capas preteridas de la sociedad civil— terminará traicionando a sus propios representados y defendidos, un poco dentro de la teoría de la circulación de las élites propuesta por el sociólogo italiano Vilfredo Pareto y el norteamericano Wright Mills.

Es evidente que la sociedad civil ha de desarrollar nuevas formas de representatividad y compromiso social, en relación con las personas y grupos que de alguna forma están llamados a manejar y detentar el poder. Para algunos la respuesta a toda esta interrogante resulta obvia, ya que ésta se reduciría a una fórmula de “reforma del Estado”. Según quienes creen en ese planteamiento, tan pronto se le encuentre una estructura más adecuada al aparato estatal e institucional, en su totalidad y en sus partes, casi automáticamente cesará de haber razones para esa preocupación. Una renovada e idónea

base institucional crearía de por sí las condiciones para el surgimiento de nuevas formas de gobierno y gobernabilidad, más allá del condicionamiento histórico que puedan exhibir los anteriores responsables de la realización de funciones específicas en el aparato estatal.

En ningún momento queremos negar la relevancia de una reforma institucional y estatal de esa naturaleza, que algunos llamarían modernizante y que nosotros básicamente identificamos como perfectibilidad de las instituciones humanas. Pero al propio tiempo, estamos plenamente conscientes de que unos ingredientes fenomenológicos y axiológicos de carácter tan complejo como aquellos que fundamentan una identidad nacional, no pueden ser configurados ni alterados muy significativamente por la orientación de las instituciones del país. Es por lo menos dudoso suponer que una reforma estatal —aunque esté bien trazada— podría exigir a las entidades ductoras del Estado un compromiso identitario y una consistencia ética mucho mayores de los que existían con anterioridad.

La alternativa hay que buscarla, en primer término, en el funcionamiento de otras identidades de carácter más restringido, local y microsociales que una identidad nacional propiamente dicha, en la cual la naturaleza en parte artificial del constructo es bien evidente y la relación entre los individuos integrantes demasiado laxa. Las identidades más localizadas y personalizadas han sabido resistir mucho mejor los embates de la globalización que las macroidentidades nacionales y supranacionales, aunque en definitiva todo tipo de identidad se ve amenazado por lo homogeneizante y reductor que tal proceso resulta. A esto hay que añadir que los mejores ejemplos de identidades sólidamente constituidas los hallamos precisamente en las pequeñas comunidades tradicionales de indígenas y campesinos, quienes tienen muchísimo que aportarnos al respecto.

Parece muy osado en los albores del siglo XXI este tipo de planteamiento, cuando todo se remite a la modernidad y a la posmodernidad, si bien lo posmoderno no está tan reñido con lo tradicional y lo atípico. Es de una evidencia aplastante que nadie puede trasladar directamente a una sociedad tan heterogénea, y en buena medida modernizada y masificada, como la venezolana actual, los rasgos constitutivos y las experiencias históricas de las pequeñas sociedades tradicionales consideradas en concreto o en abstracto; es decir a través de elementos puntuales o bien tendencias generales de índole dinámica. Para dar un ejemplo, es imposible rescatar en su totalidad la figura de la participación directa de

cada persona en la gestión social, ya que incluso un país tan democrático como Suiza se ha tropezado con grandes obstáculos para hacerlo en grado significativo.

Pero nuestras propias experiencias descentralizadoras sugieren mecanismos interesantes que van en el mismo sentido. Sin ahondar ahora en las últimas consecuencias, detengámonos un minuto en lo importantísimo que sería discutir las propuestas macroeconómicas en los municipios y en las asociaciones de variadas tipologías, a fin de dar cuenta de su viabilidad, corregir sus errores y desviaciones, además de ofrecer alternativas de acción sustitutivas o complementarias partiendo del criterio de las bases poblacionales. Procediendo con habilidad ello no duraría demasiado tiempo, ya que cualquier entidad microsocia puede llevar a cabo un taller simultáneo en pocos días sobre algún aspecto de su propia problemática. Lo que sí debe garantizarse estrictamente es la jerarquía decisoria de las resoluciones emanadas de cada encuentro y su articulación a nivel regional y nacional.

Cada pequeño componente de un conglomerado nacional como lo es Venezuela presenta multitud de facetas que se refieren a su quehacer económico, social, cultural, político: todo ello imbricado con la dinámica histórica, coyuntural y cotidiana que configura una realidad local diversa de todas las demás, pero perfectamente articulable y hasta articulada en muchísimos casos concretos. Esto nos remite a las múltiples mas no incompatibles modalidades de cómo se desenvuelve la gente en cada sitio, cuáles son sus verdaderas necesidades y aspiraciones, qué tipo de valores actúan en su seno y, sobre todo, de qué modo puede contribuir cada ciudadano en la forma más directa y activa al destino de su entorno inmediato e indirectamente al de su país; sin violentar las necesarias mediaciones articulantes con la sociedad total, la cual es insensible sin la sociedad de las partes.

La identidad nacional no puede reducirse a un cliché. Venezuela nunca ha consolidado un proyecto nacional basado en sus ricas pero compatibles identidades parciales étnicas, regionales y locales, a pesar de la independencia y soberanía formales, que actualmente tienden a opacarse y desaparecer bajo la presión de una globalización compulsiva y creadora de una manifiesta pobreza económica, ecológica, social y cultural en los países dominados y oprimidos, que son la inmensa mayoría. Pero aún estamos a tiempo de reaccionar desde las bases sociales que todavía conservan una vitalidad identitaria capaz de reconstruir el mundo articulando las diversidades microsociales.

Balance Provisorio: ¿hacia un auténtico desarrollo sustentable?

“Debo dejarme morir. Señor presidente Hugo Chávez: quiero denunciar a un médico...al cual me dirigí para recibir un tratamiento. Su respuesta fue: ‘Señora, quiero que sepa dónde está parada; yo doy tratamiento que pueda curar, porque la quimioterapia es muy costosa para botarla, y usted se va a morir’. A ello respondí: ‘Doctor, hace cinco años me hicieron una mastectomía y tuve buen resultado; y él me contestó: ‘Primero mastectomía ahora histerectomía, luego el higado, y luego se dispara por todo el cuerpo. Ese tratamiento es para los enfermos que sí se van a curar; y yo no los voy a sacrificar para dárselo a Usted; aquí en Venezuela no hay dinero, eso es en los Estados Unidos que tienen dólares y pueden botarlos con los enfermos’. Sentí que debía morir y pensé en lanzarme de un edificio. ¿Para qué vivir? Luego, pensé que él también se iba a morir algún día, y que él no era Dios para decirlo. Hoy vengo a contarle lo que me ocurrió y a decirle que debo dejarme morir.”

María Zapata. Ciudadana caraqueña

Todo el artículo precedente constituye un conjunto de reflexiones a manera de corte transversal en el tejido social caracterizador del segundo mandato del Presidente Caldera. No pretende ser ni más ni menos que esto. Pensamos, además, que todo ello le confiere cierto valor testimonial, coyuntural e histórico. Mas, al propio tiempo, nos parecería deshonesto, algo cobardón y sobre todo inacabado el poner entre paréntesis todo lo que está sucediendo el día de hoy, bajo un sistema sociopolítico completamente distinto, cuando menos en apariencia. De ningún modo se trata de ilustrar, siquiera en forma incipiente y parcial, el régimen actual del Comandante Hugo Rafael Chávez Frías, lo cual ameritaría ciertamente un trabajo de proporciones similares a las del anterior. Por tanto, fuerza es conformarnos con un corto número de escuetas constataciones y preguntas, aunque sea para consignar nuestra preocupación por lo que acontece en la sociedad venezolana a inicios del milenio.

Luego de nuestro diagnóstico relativo a la atmósfera prevalente en el último gobierno de la bien o mal llamada IV República —aún indudablemente preliminar— cabría preguntar si el actual régimen de Chávez significa en la práctica un comienzo valedero en la superación paulatina de tantas y tan variadas patologías sociales. De entrada podemos decir, que prácticamente la totalidad de los indicadores mencionados por nosotros

todavía permanecen intactos y hasta se han agravado algunos que juzgamos bastante sensibles y delicados. Por ejemplo, la inseguridad personal frente al hampa sigue adquiriendo cada día proporciones más alarmantes, lo cual contribuye a un descenso palpable de nuestra ya maltrecha calidad de vida. También el desempleo, que ronda alrededor de la cuarta parte de la población activa —sin contar el inmenso subempleo de la informalidad buhoneril— continúa en aumento, por lo pronto indetenible. Sobre el recrudecimiento del populismo en la economía podríamos expresar algo similar.

En lo tocante a nuestra realidad tanto macroeconómica como microeconómica, Venezuela sigue siendo un país eminentemente neoliberal y acriticamente capitalista, pese a las protestas permanentes que manifiesta el sector privado empresarial y financiero, al exigir una liberalización y una apertura aún mayores. Los leves escarceos gubernamentales que apuntaban hacia una supuesta “tercera vía” entre capitalismo y socialismo, entre un mercado desenfrenado y un Estado omnipotente, tampoco han dejado nada concreto en el ambiente; a lo que debemos agregar la inadecuación metodológica de este tipo de polarizaciones cuando la realidad ofrece opciones múltiples y multidimensionales, sobre todo si echamos un vistazo a la riqueza de matices que presenta la antropología económica.

Curiosamente, esa inamivible ortodoxia capitalista contrasta violentamente con la forma como Chávez fustiga el “neoliberalismo salvaje”, tanto en reuniones domésticas como internacionales: algo que aplaudiríamos si detrás de esto hubiese otra oferta. Por desgracia, nada se remedia con colchas de retazos: microcréditos sin control, visitas relámpago a pueblitos remotos para sacar unas muelas, otorgar tierras sin viviendas o viviendas sin fuentes de trabajo. Tanta improvisación, para expresarnos finamente, cansa tanto a los opositores como a los partidarios del régimen. Antes que hablar de una “Revolución Bolivariana” inexistente e imposible, convendría —más bien habría convenido— empezar por crear las bases para una gestión colectiva pulcra, eficiente, orgánica y orquestada. Sin tanta vocinglería y pugnacidad. Tal vez ya es demasiado tarde, mas entonces estamos perdiendo una gran oportunidad, quizás la última “por ahora”, puesto que nos espera muy probablemente un escenario de regresión derechista.

En otro orden de ideas, tampoco observamos cambios ostensibles en las conductas personales e interindividuales —tanto en las instituciones como fuera de

ellas— que señalen una mayor solidaridad y desprendimiento. Volviendo un instante a la actitud del gremio médico, hoy —igual que ayer— quien carezca de cuantiosos recursos monetarios puede “contar con la muerte” como proclamara Simón Bolívar en otro contexto histórico y problemático. Pero resulta innecesario multiplicar tanto los ejemplos concretos, cuando bien se sabe que las realidades sociales son muy tercas y tardan una cantidad de años en transformarse significativamente, a pesar de los mejores planes superestructurales. Pocos dudan de la pasión de Chávez por Venezuela y de su intención patriótica de convertir nuestro país en una referencia mundial en lo social y lo económico. No obstante, el llamado “proceso” poco a poco se le ha ido de las manos y ya se le hace difícil rectificar, aun en la hipótesis casi negada de tomar tal determinación.

¿En qué se materializa entonces, al menos para nuestro entorno histórico y coyuntural inmediato, la presencia de un estadista como Hugo Chávez al frente del gobierno? Queremos contestar de la manera más sencilla posible, a fin de que nuestras reflexiones sean fecundas y contribuyan a un amplio debate de alcance nacional. Ante todo, él ha sido el autor fundamental de una gran apertura, de un viraje absolutamente necesario y válido en sí mismo, cualesquiera sean las consecuencias que acarree. El “puntofijismo” tuvo que llegar a un “punto” final —valga la redundancia— y abrir paso a una nueva realidad, viniera lo que viniese. Es cierto que carecemos de un verdadero proceso transformador, pero nos quedan por delante diferentes opciones, algunas de ellas extremadamente riesgosas y otras más esperanzadoras. Se está configurando una nueva sociedad venezolana que tal vez no requiera en el futuro un gran líder carismático, que hasta hoy hemos arrastrado cual trasunto del “gendarme necesario” gomecista. Por consiguiente, la sociedad civil —gran protagonista emergente— deberá ser extremadamente cuidadosa a la hora de configurar su destino cada vez más autogestionario, participativo, crítico, constructivo; por encima de toda tentación de caer otra vez en los brazos de un “liderazgo anunciado”, de lo cual hay mucho en el ambiente.

El Presidente Chávez, a manera de un revolucionario francés actuante en la Toma de la Bastilla, sacudió nuestras conciencias, despertó las ganas de vivir y luchar del pueblo venezolano, puso sobre el tapete las culturas populares, armó una Constitución muy superior —en conjunto— respecto de las anteriores, destruyó unas cuantas instituciones y entelequias caducas, incluso proveyó de flamantes artículos constitucionales a los pueblos indígenas. Todo esto lo convierte en figura fundamental

de nuestro tránsito milenario como país y como archipiélago de sociedades. Tal vez en esto se concrete lo mejor de su rol histórico.

Notas

- ¹ Este artículo fue entregado para su evaluación en diciembre de 2001 y fue aceptado para su publicación en febrero de 2002 [Nota del Comité Editorial].
- ² Doctor en Antropología, Universidad Central de Venezuela. Telefax: 0212-6623466.

Bibliografía

- AUGÉ, M.
1996. ***Hacia una antropología de los mundos contemporáneos***. Editorial Gedisa. Barcelona.
- BIAGINI, H.
1969. "La identidad, un viejo problema visto desde el Nuevo Mundo" en ***Nueva Sociedad*** N° 99: 96-103. Caracas.
- BONFIL, G.
1987. ***México profundo. Una civilización negada***. Secretaría de Educación Pública, CIESAS. México D.F.
- MATO, D. (Coord.).
1994. ***Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe***. UNESCO. Editorial Nueva Sociedad. Caracas.
- MONTERO, M.
1984. ***Ideología, alienación e identidad nacional***. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela (EBUCV). Caracas.
- MOSONYI, E.
1995. ***Identidades espontáneas e inducidas: su repercusión en el caso venezolano***. CODEX-FACES 40, Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- REYES, G.
1998. "Identidad y desarrollo. Reflexiones comparativas en países menos desarrollados" en ***Nueva Sociedad*** N° 158: 173-184. Caracas.